Cuadro de Don Genaro Villaamil.

Exposicion de Pinturas.

(Continuacion.)

Lo dicho (en nuestro núm. 81) acerca del retrato de Don Martin Fernandez de Navarrete, basta sin hablar de otro retrato de señora presentado por el mismo autor, para pagar el justo tributo de admiracion á un artista como el Sr. Lopez, que en su larga carrera ha sabido cimentarse una gloriosa reputacion. Dejemos para mas escrupulosos críticos, ó para plumas mas autorizadas el acusarle de que no siempre el colorido corresponde á la gran correccion del dibujo, y volvamos los ojos á las obras de los pintores de la época, de esos jóvenes que emprendiendo ahora el camino de la inmortalidad tienen mas interés en que juzgue el público de los adelantos que hacen desde una hasta otra exposicion.

Don Genaro Villaamil, ya conocido entre los inteligentes y aficionados á la pintura, es uno de los primeros que fijarán nuestra atencion con su cuadro que representa la Catedral de Oviedo en el siglo XVI, en el acto de la procesion del Córpus. Hemos oido admirar generalmente la exactitud en los complicados detalles de aquella arquitectura gótica, y la gracia con que estan tocadas y agrupadas el sinnúmero de figuritas de este cuadro, las cuales se hallan vestidas con notable propiedad. El mercado árabe del mismo Villaamil ha merecido tambien mucha aceptacion, siendo estas dos obritas las que se han preferido entre las seis que ha presentado el mismo autor. De muy buena gana hubiéramos ofrecido á nuestros lectores copias de todas ellas, pero el temor de hacer desaparecer completamente su mérito al reducir tanto sus proporciones, nos ha obligado á contentarnos con la de la vacada, que damos en el grabado puesto á la cabeza de este artículo, suficiente apenas para hacer formar una remota idea del estilo del Sr. Villaamil en este género. El celaje de este pais ha parecido mejor que otros del mismo pincel, á quien se tacha de dejarse llevar en este punto mas de las propias inspiraciones que de la observacion de la naturaleza, y el estar los términos perfectamente marcados desde el primero hasta la lontananza por una acertada gradacion de tintas, presenta un ambiente muy natural, y realza el vigoroso colorido de las reses.

No ha sido este el único cuadro de su género presentado en esta exposicion, pues justamente el Sr. Elbo ha presentado una vista de la Muñoza, con otra torada, que manifiesta bien la diferencia del estilo entre ambos pintores. El colorido del último no es á nuestro parecer el verdadero, pero en cambio, no ha faltado persona inteligente que nos ha encomiado el dibujo estudiado y correcto, y hecho notar los adelantos de este jóven artista. Un cuadro del mismo autor, de los que llaman de familia, ha fijado tambien nuestra atencion por el estudio del efecto de luz.

Un cuadro del Sr. Gutierrez representando á la Caridad ha sido mas celebrado por el pensamiento ó idealismo de la invencion y composicion, que por su dibujo y colo-

rido: muchos han creido que el artista ha descuidado este punto por su principal deseo de imitar á los buenos pintores de la escuela sevillana.

Don Federico Madrazo ha añadido nuevos lauros á los ya adquiridos, presentando varios retratos que han arrebatado la atencion del espectador por su completa semejanza y extraordinaria brillantez. De esta última circunstancia toman algunos ocasion para mostrarse severos con el Sr. Madrazo, y preguntan ¿si no es demasiado ese, por llamarle asi, *romanticismo* de su paleta? ¿Si es oportuno dar á todos los objetos, aun los mas toscos, esa transparencia, ese brillo nacarado tan ageno de la naturaleza? Nosotros sin responder á estas preguntas, nos confesamos seducidos por ese defecto, y nos inclinamos á creer que es de los *mas perdonables*. El temor de alargar demasiado este artículo nos impide detenernos á elogiar menudamente las obras de este jóven pintor: ni sabemos si dar la preferencia á la naturalidad en la actitud, y al primor de los detalles en el retrato de la Señora marquesa de Villagarcía; á las tintas de las carnes y buen dibujo del de la Señorita Virginia Eaton, representada en gracioso ademan de prepararse á tocar el arpa; á la semejanza en fin del de Don Juan Nicasio Gallego, cuyo colorido no aprobamos por parecernos un tanto desentonado y muy diverso del original.

Aquí es el lugar de hablar de unos cuadritos presentados por Don José Abrial, acreditado dibujante. Muchas son las obras suyas que al ólio y litografiadas ha visto ya el público, y es por tanto escusado repetir que es uno de nuestros mas aventajados paisagistas y perspectivistas: de consiguiente no es estraño que hayan gustado las cuatro pequeñas vistas tomadas del natural, que ha presentado, y el cuadro de mayor tamaño de invencion y composicion suya. Injusta es la crítica que de este último hemos leido en la Gaceta, porque ademas de no haber inconveniente alguno en que un pintor traslade alguna vez al lienzo los conceptos de su imaginacion, el cuadro de que tratamos ha sido, por decirlo asi, de circunstancias, como pintado por el Sr. Abrial para ser recibido de Académico de mérito, con sujecion al programa ó proposicion concebida en estos materiales términos: "*Representar desde un jardin la escalera que conduce á una galería.*» Era, pues, forzoso que hubiese galería, escalera y jardin, y cuando estos objetos se han pintado en el breve espacio de tiempo concedido á la prueba, con la grandiosidad, belleza, y perfecto conocimiento de la arquitectura y perspectiva que el autor ha desplegado en esta ocasion, no solo se ha merecido, en nuestro sentir, el título de académico de mérito, sino los elogios de los inteligentes.

(*Se concluirá.*)

VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD.

CUENTO MORAL.

A la edad de 21 años, el jóven, alegre y voluptuoso conde de Glenthom entró en posesion de los vastos estados de su familia, época que esperó con impaciencia durante el tiempo de su menor edad: pero la realizacion de sus esperanzas y proyectos no fue suficiente á libertarle de la enfermedad á que están sujetos los que poseen cuanto hay que desear en la tierra, que no tienen en que ocuparse y nada que temer ó que esperar, cuyo menor deseo es satisfecho apenas indicado, y cualquier mandato obedecido en el acto de espresarlo. Esta enfermedad es *el fastidio*.

Tuvo el conde la desgracia de caer cuando niño en manos de un ayo ignorante y adulador que satisfacia todos sus caprichos sin negarle cosa alguna por estravagante que fuese de cuanto la riqueza podia obtener, y el resultado, aun menos funesto del que debia esperarse de tan viciosa educacion, fue que el jóven conde esperimentase en los primeros años de su vida cierta indiferencia á cuanto le rodeaba, una vaciedad opresiva de imaginacion, y la falta de objeto que le hiciese desear la existencia. El movimiento y escitacion que le ocasionó su acceso á la absoluta posesion y manejo de su inmensa fortuna, le distrajo por algun tiempo de la apatía y languidez que le consumía aun en medio de los goces mas opulentos. Este efecto fue sin embargo de corta duracion. Apenas cesó la novedad de su situacion, cuando el genio del fastidio se apoderó nuevamente de su víctima, haciendo al conde mas infeliz que nunca. En vano recurria á todos los espedientes de que se valen la moda y la locura para libertarse del peso del tiempo. Se asoció con libertinos, y en su compañía se entregó á todo género de escesos, y entre otros el juego en el que perdió sumas tan considerables que á pesar de su estraordinaria opulencia se vió luego en apuros pecuniarios que le obligaron á pensar en reparar su fortuna por medio de un casamiento ventajoso. Consiguió su fin casándose con una jóven muy rica, mas como el dinero fue el objeto del uno y un título el de la otra, se hicieron ambos desgraciados, y por fin tuvo esta union el resultado que debia esperarse. La condesa de Glerthom poco despues de su casamiento se escapó con un cierto capitan Crorrley, especie de *factotum* del conde, y uno de esos pegotes que se hallan por lo comun en las casas de los grandes. A medida que ocurrian estos incidentes, salia el desgraciado conde del letargo habitual que hacia miserable su esistencia, pero muy en breve volvia á sumirse en él en cuanto cesaba la escitacion producida por ellos.

Cansado al fin no solo del sistema de vida apático que seguia y de sus compañeros en el desorden, sino de Inglaterra misma, resolvió el conde visitar sus estados de Irlanda de donde tomaba el título, esperando que la vista de nuevos objetos le libertase del fastidio que le oprimia. Con estas miras partió inmediatamente para Irlanda dejando cerrada su magnífica mansion de Londres, posesion antigua de su familia, donde hasta entonces habia residido.

Cuando llegó al castillo de Glenthom por la primera vez despues que lo dejó en la infancia, ninguna, entre todas las personas que salieron á recibirle y felicitarle, se mostraba mas presurosa y entusiasta que su nodriza Eleonor, mujer pobre pero decente á cuyo cargo habia sido confiado el conde cuando niño, con el fin, decia su padre, de que se criase robusto, para lo cual permaneció el niño en la cabaña de su nodriza hasta la edad de dos años, á cuyo tiempo lo llevaron á Londres. Esta mujer afectuosa al ver al conde rompió por medio de la multitud de criados y colonos que se habian reunido á celebrar su regreso, y acercándose á él esclamó en éstasis: "El es!».... y volviéndose repentinamente á los circunstantes añadió: "Ya le he visto restituido á la mansion de sus mayores, y aunque el cielo me quitára la vida en este momento moriría contenta!»....

"Mi buena Eleonor» dijo el conde enternecido, "espero que vivireis muchos años, y sí yo puedo contribuir....»

"Y él mismo me habla con tanta bondad delante de todos!» interrumpió Eleonor "Ah! esto es demasiado, sí, demasiado!» Prorumpió en llanto, y cubriendo el rostro con sus manos se salió del salon. El conde que era realmente un hombre generoso y benéfico á pesar de la vida disipada que habia tenido y la aparente abyeccion de su carácter, resultados ambos mas bien de las circunstancias que de su disposicion natural, se dedicó entonces á mejorar la suerte de sus colonos desempeñando los cargos de un amo benévolo de quien dependen la felicidad y bienestar de algunos centenares de personas, pues sus estados eran de vasta estencion. En el desempeño de estos laudables deberes empezó luego el conde á tomar un vivo interes que le alivió de su antigua enfermedad, el fastidio, y le restituyó á sí mismo.

Al dispensar sus favores, lo que hizo con pródiga mano, no olvidó el conde á su afectuosa nodriza Eleonor. La proporcionó una bonita casa de campo provista de todo cuanto podia contribuir á su comodidad y bienestar. Pero de todas las ventajas que esta buena mujer en su nueva situacion disfrutaba, á ninguna daba ella tanto valor como al privilegio de encender por las mañanas la chimenea del conde, un deber que insistía en querer desempeñar, y que habia ella misma indicado como lo que mas podia satisfacer su ambicion cuando aquel la preguntó lo que deseaba hiciese por ella.

Una mañana, mucho tiempo despues de la llegada del conde á Glenthom, entró Eleonor en el cuarto de este como para encender el fuego segun su costumbre, pero mucho mas temprano de lo que comunmente solia ir. El conde sorprendido de esta circunstancia, dando una vuelta en la cama la preguntó, "Eleonor eres tú?.... Como tan temprano?»

"Callad, callad, dijo ella cerrando la puerta con gran precaucion; acercándose luego con tiento á la cama del conde, añadió: "Por el amor de Dios hablad quedo y no hagais ruido, no sea que despierten los que duermen cerca de vos.» Eleonor cuyas miradas indicaban el terror y alarma, despues de registrar el cuarto para convencerse de que nadie habia escondido en él, procedió á informarle de que se habia fraguado una conspiracion entre un bando de rebeldes (el pais se hallaba á la sazon agitado por el espíritu de insurreccion) para arrebatarle aquella misma tarde mientras daba su acostumbrado paseo á la orilla del mar, obligándole á capitanearlos ó darle la muerte en el caso de que se negase á ello. Todo esto dijo Eleonor lo sabia por su hijo Cristian, joven de oficio herrero, y que frecuentaba mucho el castillo. Cristian habia descubierto la conspiracion permaneciendo oculto por una noche entera en un sótano donde los rebeldes solian reunirse á discutir sus proyectos, y se habia apresurado á trasmitir esta noticia al conde á quien queria mucho, no solo por las bondades que le habia este dispensado directamente, sí tambien por su generosidad para con su madre.

"Atrevido anduviste, Cristian,» le dijo el conde en una entrevista que tuvo con él, "en arriesgarte á permanecer con aquellos malvados en el mismo sitio. Si te hubieran descubierto, hubieras sido infaliblemente asesinado.»

"Cierto," respondió Cristian, "pero el hombre ha de morir de un modo ú otro, y ¿cómo pudiera yo morir mejor? Bueno fuera por cierto que me hubiera estado quieto dejando que os asesinasen! No, no; Cristian no haria eso jamas.»

Conocido el designio de los rebeldes, envió el conde por su apoderado general hombre muy sagaz, de buen sentido é integridad, y juntos concertaron el plan que debian seguir para desbaratar sus intentos. Determinaron valerse de una cuadrilla de agentes de policia disfrazados, que secretamente se introdujesen en el sótano y sorprendiesen á los conspiradores en medio de sus deliberaciones. Bien combinados los pormenores de este plan, que necesariamente habian de ser muchos y complicados, tuvo la empresa un éxito feliz. Aquella misma noche cayeron prisioneros todos los rebeldes, y despues de desarmados se les confinó en el mismo sótano, donde bajo una fuerte custodia debian permanecer hasta que pudiesen ser conducidos al dia siguiente á la carcel pública.

En la mañana que siguió á este acontecimiento entró Eleonor azorada en el cuarto del conde, cuando este se disponia á bajar á almorzar, "Qué ocurre ahora, Eleonor? Que nuevas desgracias nos amenazan?» esclamó el conde al ver la consternacion pintada en su semblante.

"Oh! la peor que podia sucederme,» interrumpió ella retorciéndose sus manos; "la peor, la peor; causar yo la muerte de mi propio hijo!» Esclamó con indecible horror, "Ah! salvadle, salvadle; por amor del cielo salvadle! sino lo haceis, habré yo misma causado su muerte!» Era tal su agonia que no pudo esplicarse por algunos instantes.

"Yo los delaté á todos», prosiguió; "pero ¿quién hubiera pensado que Cristian estuviese entre ellos? mi hijo, mi propio hijo, pobre criatura! Eleonor procedió entonces á esplicar en términos mas esplícitos, que su hijo se hallaba entre los prisioneros segun la habia informado uno de los que los custodiaban. Imploró en seguida del conde que proporcionase la libertad de aquel jóven. "Ah no podeis rehusar esto á vuestra anciana nodriza que os llevó en sus brazos, os alimentó con su leche, y veló sobre vos mas de una larga noche."

"Lo sé, y soy agradecido», interrumpió el conde, "pero lo que me pedis, Eleonor, es imposible: no me es dado ponerle en libertad, pero haré cuanto pueda; si le dejo escapar en este momento perderia yo mi reputacion y mi honor. Ya sabes que he sido acusado ya de favorecer á los rebeldes. Es pues imposible, mi buena Eleonor», añadió, no me estreches mas, pídeme cualquier otra cosa, y será concedida, pero esto es imposible.»

"Pues bien», interrumpió Eleonor con la energía de la desesperacion "sabed que es vuestra madre la que os ha suplicado de rodillas, y cuyos ruegos habeis despreciado.»

Mi madre! Esclamó el conde asombrado, y cual era su peticion?.... "El que salves la vida de tu hermano!»....

Mi hermano! Que oigo? Es imposible....

Has oido la verdad; soy tu madre legítima: Sí, eres mi hijo. Has arrancado de mi pecho el secreto que pensé llevar conmigo al sepulcro: ahora lo sabes todo, y sabes cuan culpable he sido; pero todo fué por tí: por tí que ahora me niegas lo único que te he pedido. Y pues ya he comenzado, debo tambien decirte que Cristian, el pobre Cristian que trabajaba sujeto á una fragua, que vive y ha vivido hasta ahora con patatas y sal, que tiene las manos y rostro tan cubiertos de humo y hollin, Cristian, repito, es el verdadero conde de Glenthom, y voy en este instante á reclamar se le devuelva lo que de derecho le pertenece.

Dicho esto desapareció Eleonor, pero un momento despues volvió y hallando al conde que salia de su habitacion, exclamó: «fué todo equivocacion, sí, Cristian no se halla entre los prisioneros, los he examinado á todos uno por uno y mi hijo no estaba allí: os pido pues perdon:» acercándose luego al oido del conde añadió "perdonad cuanto dije en mi cólera; no volveré á decir una

sola palabra á persona viviente: el secreto morirá conmigo."

Vinieron en este instante á avisar al conde para que presidiese al interrogatorio de los prisioneros que iba á tener lugar antes de conducirlos á la cárcel pública: pero concluido este acto, se apresuró á tener otra conferencia con Eleonor, deseoso de saber los pormenores relativos á la extraordinaria confesion que le habia hecho. Manifestó ella detenidamente en esta entrevista todos los medios y expedientes de que se habia valido para sustituir al hijo del conde de Glenthom el suyo propio. Habiéndose convencido de la verdad de cuanto Eleonor acababa de decirle por evidencias irrefragables que él con toda precaucion y secreto procuró adquirir, formó la noble resolucion de devolver cuanto poseia á su verdadero dueño, y á este fin envió á buscar á Cristian.

«El herrero está abajo, señor,» dijo un criado anunciando la llegada de Cristian.

«Hacedle subir:» subió hasta la antesala.

«Aquí está el herrero, señor,»

«Decidle que entre: ¿qué le detiene?»

«Mis zuecos, señor, temo pisar con ellos la alfombra:» diciendo esto entró Cristian, pisando con precaucion y sorprendido de hallarse en un fastuoso gabinete.

¿«No has entrado en este cuarto antes de ahora, »Cristian? Dijo el conde. "Nunca, señor, excepto el dia que »compuse el pestillo de la puerta."

«Es un hermoso gabinete: no es así, Cristian?»

«Por cierto que sí; el mas hermoso que he visto en mi vida.»

«Te gustaria tener un cuarto como este? Y qué dirias si fueses el dueño de este gran castillo?»

«Pobre figura haria yo en él por cierto: prefiero estar en la fragua; pero, señor, continuó Cristian tomando un tono mas serio, supongo que uno de vuestros caballos que herré ayer, no cogea: no es así? Dígolo, porque pensaba yo si seria esta la razon porque me enviabais á llamar tan de prisa.»

»El caballo está muy bien herrado supongo, replicó el conde, pero volviendo á lo que decíamos: no cambiarias gustoso de posicion conmigo si pudieras?

»En vuestra posicion? No señor, no quisiera, y esta es la verdad, dijo Cristian con decision: no es mi ánimo ofenderos; pues vos me mandais hablar con sinceridad: nunca me creí mas de lo que soy; esto no es decir que si hubiese de cambiar con alguno, no me envaneciese de cambiar con vos, pues en caso de ser *caballero*, quisiera serlo legítimo y bien nacido.»

»Pues bien, Cristian, «interrumpió el conde, eres lo que deseas ser.»

»Ah! Ah! Exclamó Cristian riendo y rascándose la cabeza: vos quereis divertiros conmigo, como lo han hecho otros diciéndome que de mi apellido hubo en lo antiguo un rey de Irlanda, pero jamás he pensado en semejante cosa.»

»No me entiendes, interrumpió el conde: no se trata aquí de los reyes de Irlanda: lo que te digo es que has nacido noble, Cristian; no me chanceo: escúchame.»

"Bien, ya os escucho, aunque veo que os estais divirtiendo á mi costa: tambien sé yo admitir una chanza como otro cualquiera.»

"Repito que esto no es una chanza, dijo el conde, y procedió á manifestar al atónito herrero todas las circunstancias del extraordinario suceso en que estaba tan íntimamente interesado.

"Pues, señor, lo que hay que hacer,» dijo el herrero despues que á duras penas pudo resolverse á creer lo que acababa de oir, "es no decir nada á nadie; quedémonos como estamos, y no se vuelva ya á hablar una sola palabra sobre el asunto: no hay necesidad de que los demas se enteren: asi pues quedáos con Dios; que yo me voy á mi fragua.»

Sin embargo el conde que habia resuelto consumar el noble sacrificio que meditaba, no quiso en manera alguna consentir en esta determinacion: antes bien insistió en que Cristian se tomase un mes para considerarlo, al cabo de cuyo tiempo debia comunicarle su resolucion definitiva. Al espirar el término señalado, se presentó Cristian al conde. Y bien Cristian, dijo este, quereis ser conde de Glenthom? Estoy seguro de que ahora os alegrais que no os haya cogido por la palabra, sino que os diere un mes para considerarlo.»

"Siempre fuistes considerado; pero si yo ahora me siento inclinado á mudar de parecer, añadió Cristian con timidez, no es ciertamente por mí, sino por mi hijo Juanillo.»

"Buen amigo,» replicó el conde, "no necesitais disculpa; seria yo muy injusto si me ofendiera de vuestra decision, y muy bajo si despues de la declaracion que os he hecho titubease por un solo instante en restituiros los bienes que teneis derecho á reclamar.»

El primer cuidado del honrado Cristian fué el señalar una fuerte pension á su hermano de leche para cuando renunciase el título y estados de Glenthom, pero todo lo que este último quiso aceptar, á pesar de las estrechas solicitaciones de su presunto sucesor, fueron 500 libras anuales para el (unos 30,000 rs.) ademas de la siguiente estipulacion: á saber, que la pension que generosamente habia señalado á la condesa de Glenthom al obtener el divorcio habia de ser continuada; que la casa que habia mandado construir para Eleonor y las tierras anexas á ella habian de asignarle en propiedad vitalicia, libre de renta, y que sus deudas (del conde) habian de ser pagadas. Hecho este convenio con gran mortificacion de Cristian que insistia en que por lo menos convirtiese el conde los cientos en miles, y que aceptase la mansion de Londres para su residencia, renunció este en debida forma todos sus derechos á los estados de Glenthom, é inmediatamente partió para Dublin á poner en ejecucion un plan que habia concebido. Era este plan el dedicarse al estudio de las leyes para ponerse en estado de adoptar esta carrera como medio de subsistencia. Llegado á Dublin, el hombre que habia vivido toda su vida en palacios, rodeado de todos los goces que puede proporcionar la opulencia, se alojó en la modesta habitacion de una pobre viuda, á quien le habian recomendado, y allí se vió pronto envuelto en todos los pequeños cuidados que son consiguientes á la escasez de fortuna.

Este cambio extraordinario y el notable contraste que ofrecia con su primitivo esplendor, redujeron por algun tiempo al Sr. Donogoe (pues ahora habia tomado su verdadero nombre), á un estado de melancolía habitual. Pero este abatimiento fue de muy corta duracion. Habia un fondo de energia en su carácter, una fuerza de espíritu que él mismo desconocia, y que la adversidad puso entonces en accion. Se hizo superior á las circunstancias en vez de sucumbir á ellas, y se dedicó con ardor á adquirir un profundo conocimiento de la profesion que habia adoptado, y con la cual esperaba proporcionarse una subsistencia desahogada. (*Se concluirá.*)

LA INSTRUCCION.

Cuando un muchacho ha adquirido los primeros elementos de la instruccion, se ha posesionado de las má-

quinas é instrumentos mas útiles del mundo; ha conseguido los medios de ejecutar con estremada facilidad, lo que sin ellos requiere un inmenso trabajo, y ahorra tiempo que útilmente empleado engrandecerá su espíritu mejorando su condicion. Lo mismo sucede con todos los instrumentos y máquinas destinadas á disminuir el trabajo corporal. Nos suministran el modo de ejecutar con facilidad aquello mismo que sin su ayuda no podriamos hacer sino á costa de gran fatiga. Ponen en accion una gran masa de fuerza que uniéndose al poder mental, produce hábiles artífices en toda clase de manufacturas. Pero aun hacen mas; disminuyen los padecimientos del hombre, mejoran su salud, prolongan el término de su vida, hacen menos penoso toda clase de trabajo, y por todos estos medios elevan al hombre en la escala de su existencia.

El actual Bajá de Egipto, por uno de aquellos caprichos que está en la naturaleza de los tiranos el concebir, mandó hace pocos años que toda la poblacion masculina de un distrito se ocupase en limpiar un canal antiguo, lleno á la sazon de lodo y cieno. Los infelices no tenian instrumentos, y el Bajá no pensó en proporcionárselos, pero sin embargo la obra habia de hacerse. Los trabajadores en número de 50,000 tenian que meterse en el cieno hasta la cintura, y sacarlo con sus propias manos sin otro auxilio. Se les alimentaba, es cierto, durante la operacion, pero la calidad de este alimento era proporcionada á lo poco lucrativo de su trabajo: se componia de habas y agua. En el término de un año mas de 30,000 de estos desgraciados perecieron. Si el bajá en vez de emplear cincuenta mil hombres hubiera tenido los medios de aplicar máquinas de vapor para desaguar el canal y sacar el cieno: si hubiese puesto en accion á lo menos la bomba comun llamada rosca de Arquimedes, inventada por este sabio para el idéntico objeto de desaguar pantanos en Egipto: si los operarios hubieran tenido siquiera cubos y palas en vez de degradarse á trabajar como las bestias sin mas auxilio que el de sus propias manos, la obra pudiera haberse hecho con un dispendio cincuenta veces menor aun que el coste mismo del miserable alimento que se les daba, y las sumas ahorradas por este medio pudieron dedicarse á dar ocupacion útil á los miles de individuos que perecieron en la miseria y degradacion de su poco provechosa tarea.

Se dirá que esto no puede sucedernos á nosotros por que estamos mas civilizados, y no puede obligarnos un bajá á perecer metidos en el cieno y el lodo hasta la cintura por solo un escaso y grosero alimento: es muy cierto: pero decidme ¿á qué debemos la civilizacion? A la instruccion. La instruccion que ha estimulado á los hombres pensadores á aumentar el trabajo provechoso de la nacion multiplicando asi las comodidades de cada individuo; y ¿nos contentaremos con lo que hemos conseguido? ¿Diremos acaso que aunque deseosos de disfrutar las ventajas que nos reporta el saber, proporcionándonos buen alimento, abundante combustible y agua, baratura en el vestir, comodidad en las habitaciones, auxilio en la ciencia medical, y otras mil, habremos de contentarnos con lo que tenemos sin procurar aun aumentar nuestros goces? ¿Dejaremos perder las semillas de la instruccion para volver al estado de barbarismo é ignorancia en que algun tiempo estuvimos sumidos? No hay que dudarlo, si en vez de caminar progresivamente á las mejoras, damos un solo paso atras, la marcha hácia la ignorancia será muy rápida: entonces la opresion, la miseria y la desgracia serán la recompensa de semejante imprudencia. Aun está la España muy lejos de rivalizar ni aun igualar en el cultivo de las artes y las ciencias á sus vecinas la Francia y la Inglaterra. La mecánica aplicada á las artes, una de las principales bases de la riqueza de todo pais, es aun en el nuestro una mina por esplotar. A la mecánica debe la Inglaterra, pais mucho menos favorecido que España por la naturaleza, la estension colosal de su industria y comercio que la constituyen la nacion mas feliz é influyente del mundo. Las máquinas compiten y aun superan al trabajo del hombre, acumulando en un corto espacio una masa considerable de fuerza, y ellas son el testimonio mas auténtico de la superioridad del ser racional sobre todo lo creado. Si otros paises, pues, con menos ventajas naturales han demostrado palpablemente la verdad de esta asercion, nosotros con mas recursos ¿dejaremos de aprovecharnos de este ejemplo? Nos complacemos en creer que no: pero para llegar al grado de prosperidad á que debemos aspirar, volvemos á repetirlo es indispensable la *instruccion*. Sin ella nos será imposible apreciar las ventajas que proporciona el uso de máquinas y útiles que no conocemos. Mientras la generalidad del pueblo carezca de los rudimentos del saber, serán vanas cuantas tentativas se hagan para introducir y establecer en nuestro pais mejoras que han sido en otros el fruto de continuas tareas y profundas meditaciones: ¿para quien se han hecho estas mejoras? Para el número comparativamente corto de alumnos que concurren á una cátedra, ó para el bienestar general del pueblo? La respuesta no es dudosa: pues comiéncese por instruir á este y hacerle palpar las ventajas que de ellas van á resultarle. Es mucho mas fácil hallar entre una masa instruida un cierto número de genios privilegiados que profundicen y desenvuelvan los principios de las ciencias en beneficio del procomunal, que instruir estas mismas masas. Es necesario ponerlas en el caso de proporcionarse por sí mismas el bienestar apetecido: es un error el creer que el gobierno debe hacerlo todo. Al gobierno en ciertos casos le es dado solo auxiliar, y en otros lo mejor que puede hacer es no hacer nada; pero es preciso no equivocarnos; si bien es cierto que en algunos casos el gobierno debe solo auxiliar indirectamente, es indispensable sin embargo que los primeros pasos en la marcha regenerativa sean guiados por él, especialmente en aquellos paises en que, como en España, es tan poco conocido el espíritu de asociaciones particulares. Si en la actualidad retirase el gobierno su proteccion, ó por mejor decir, dejase de promover activamente el importantísimo ramo de instruccion primaria, el pueblo sin duda alguna permaneceria en la ignorancia; pero despues que se haya uniformado un sistema conocidamente ventajoso; despues que las grandes masas empiecen á sentir su benéfica influencia; la máquina marchará por sí sola, y podrá entonces el gobierno recoger el fruto de sus patrióticos y utilísimos desvelos en esta parte: ojalá llegue en breve tan ansiado momento!

A. V.

LA VENGANZA GENEROSA.

En tiempo de la república de Génova, y cuando esta se hallaba dividida por los partidos del pueblo y de la nobleza, *Uberto*, hombre de un orígen obscuro, pero al mismo tiempo de sentimientos elevados y generosos y de mucha disposicion, enriquecido por el comercio y apreciado por su conducta, obtuvo ser nombrado gefe del partido popular, sosteniendo bastante tiempo el gobierno democrático.

Los nobles, cuya aristocracia se hallaba abatida, unieron todos sus esfuerzos con el objeto de trastornar el estado de cosas existente, lo que finalmente consiguie-

ron, volviendo á adquirir aquella autoridad que habian perdido. Usaron estos de gran rigor con los vencidos y en particular con Uberto, á quien pusieron preso, declaráronle traidor y condenaron á destierro perpétuo con confiscacion general de todos sus bienes, en cuya sentencia se vanagloriaban los jueces de haber usado toda la benignidad posible. *Adorno*, primer juez entonces de la república, de un carácter altanero, muy orgulloso de su alcurnia y antigua nobleza, aunque en alguna ocasion habia mostrado que tenia sentimientos generosos, agravó la severidad de la sentencia por los términos insultantes en que se la comunicó á Uberto. "Tú», le dijo, "Tú, hijo de un vil artesano, que has tenido la osadía de humillar á los nobles, tú, por la clemencia de estos mismos nobles, eres condenado únicamente á volver á la nada de donde has salido.»

Uberto recibió la sentencia con la sumision respetuosa de un alma grande, pero herido del modo insultante de comunicársela, no pudo menos de decir á Adorno: "Quizá llegará un dia en que tengais motivo de arrepentiros del lenguage que habeis usado con una persona que abriga en su pecho sentimientos tan *nobles y generosos como vos mismo.*» En seguida se retiró; y despues de despedirse de sus amigos se embarcó en un buque destinado á Nápoles, dejando, segun creia, para siempre su pais natal sin derramar una sola lágrima.

Reunió algunas cantidades que le debian en los dominios napolitanos, y con este único resto de su antigua riqueza se estableció en una isla del archipiélago que pertenecia á los venecianos. Sus conocimientos mercantiles, unidos á su industria y actividad suma, le hicieron bien pronto dueño de un capital superior al que poseía en su estado mas próspero en Génova; y el crédito que consiguió con su buena fé, puntualidad en sus pagas, y su generosidad natural escedia aun á su fortuna.

Con motivo de su comercio visitaba varias plazas mercantiles, y entre otras frecuentaba mucho á Tunez, entonces en relaciones amistosas con Venecia, si bien enemiga declarada y en guerra abierta con los demas estados italianos, y mas particularmente con Génova. Estando una vez en esta plaza, fue á visitar á uno de los primeros personages de allí á su casa de campo, donde encontró á un jóven cristiano trabajando cargado de hierros, que llamó mucho su atencion. El esclavo parecia no poder sobrellevar un trabajo á que su constitucion delicada no estaba acostumbrado, y mientras descansaba un instante sobre el instrumento con que trabajaba, arrojó un profundo suspiro, derramando copiosas lágrimas al mismo tiempo. Uberto, movido de una compasion tierna y generosa, se acercó á él y le habló en italiano. No es fácil esplicar la sensacion tan grande que esperimentó el jóven al oir su mismo idioma, y como fuera de sí contestó precipitadamente que era genovés. "Y como os llamais,» le dijo Uberto, añadiendo: "no temais confiarme vuestro nacimiento y circunstancias: pues me intereso en vuestra suerte.»

"¡Ay!» esclamó el esclavo, "no creo que sea de ninguna utilidad el ocultar mi nombre y famila, pues los que me han hecho prisionero saben bien quien soy para pedir por mi rescate una suma considerable. Mi padre es una de las personas principales de Génova: su nombre es *Adorno*, y yo soy su único hijo.» ¡Adorno!! Uberto se contuvo y no dijo mas, pero consigo mismo esclamó. "Gracias te doy, ó divina providencia, por haberme presentado esta ocasion de mí tan deseada, de vengarme con la generosidad propia de mi carácter y sentimientos.»

Se despidió del jóven para ir á buscar al corsario que habia cautivado al esclavo italiano, y reclamaba la propiedad de él, y le preguntó que precio queria por su rescate. Este le contestó que era considerado como un cautivo de gran valor, y que no admitiría menos de dos mil y quinientos duros por su libertad. Uberto pagó dicha suma al momento; hizo que un criado suyo le acompañase llevando un caballo y un vestido completo muy bueno, y volvió en busca del jóven, que seguia trabajando como cuando le dejó, para comunicarle tan agradable nueva. El mismo le quitó los hierros que le sujetaban, le ayudó á cambiar de trage y á montar á caballo. Todo parecia un sueño al hijo de Adorno, y la vehemente emocion que sentia le enagenó en tales términos que apenas pudo manifestar su agradecimiento á su generoso libertador. Sin embargo, pronto se convenció de la realidad de su fortuna participando de la mesa y habitacion de Uberto.

Los negocios mercantiles obligaron á este á permanecer aun algunos dias en Tunez, pero concluidos estos volvió á su casa acompañado del jóven Adorno, quien se habia grangeado el afecto de su libertador con su cariño y fina atencion. Uberto le tuvo unos dias consigo, tratándole con tanta consideracion y cariño como pudiera haber usado con el hijo de su mejor amigo. Pero habiéndose presentado ocasion oportuna de enviarle á Génova, hizo que un criado fiel le acompañase; le proporcionó cuantas comodidades pudiera apetecer; le puso una bolsa llena de oro en una mano y una carta cerrada en la otra, y le dijo:

"Fácil me sería, jóven apreciable, gozar de tu presencia en mi humilde casa reteniéndote en ella mas tiempo, pero considero tu impaciente deseo de volver á ver tu familia y amigos, y no ignoro que sería la mayor de las ingratitudes el privarles de este consuelo por mas tiempo que el absolutamente preciso. Admite esta bolsa para sufragar los gastos de viage, y entrega esta carta á tu padre. *El* probablemente se acordará de mí, aunque tu eres muy jóven para que te acuerdes. Adios! yo no podré olvidarte, y espero que tu pensarás alguna vez en mí.» *Adorno* le manifestó el reconocimiento propio de su corazon agradecido y afectuoso, y se separaron abrazándose y derramando mútuamente lágrimas.

El jóven tuvo un viage muy favorable; y la alegría que esperimentaron todos sus parientes y amigos con su presencia, es mas fácil concebirlo que expresarlo. Despues de saber que habia estado cautivo en Tunez (pues ninguna noticia habian tenido de él, y creian que el buque en que iba habia naufragado), "y ¿á quien, dijo el padre, á quien soy deudor del beneficio inestimable de volverte á mis brazos?» Esta carta, le dijo el hijo entregándole la que Uberto le entregó al despedirse, informará á V. de todo. La abrió en seguida, y leyó lo que sigue:

Aquel hijo de un VIL *artesano, que te anunció que llegaría un dia en que te arrepintieses del escarnio é insulto con que le tratáras, tiene la satisfaccion de ver cumplida su profecía. Porque debes saber, orgulloso noble, que el que ha libertado á tu hijo de la esclavitud* es

EL DESTERRADO UBERTO.

Adorno dejó caer la carta y se cubrió la cara con las manos, en tanto que su hijo se deshacia en elogios de las virtudes de Uberto y del afecto verdaderamente paternal con que le habia tratado. Como no fuese posible corresponder á tanta generosidad, Adorno trató de reparar su falta en cuanto le fuese posible. Para esto intercedió tan poderosamente con los demas nobles que consiguió que se levantase el destierro á Uberto, dándole libertad de poder volver á Génova. Al comunicarle esta noticia Adorno le manifestó con la mayor sinceridad cuan grande era el be-

neficio que le debia; reconocia la verdadera nobleza de sus sentimientos, y le rogaba encarecidamente le concediese su amistad. Uberto volvió á su pais, donde pasó lo restante de su vida en paz, apreciado y respetado de sus conciudadanos.

L. G.

Nápoles.

Si no fuera porque la fecha del diluvio universal es demasiado respetable para pasarla por alto, habian los napolitanos de colocar la fundacion de su querida ciudad en los primeros tiempos de la creacion. A falta de este arbitrio se la atribuyen á uno de los Argonautas, y si no parece bien, á la sirena Parthénope cantada por Homero, y que vivia en tiempo del sitio de Troya; si esto se les niega nombran á Hércules, y despues á Eneas, y despues á Ulises: por último, solo así perdiendo sucesivamente posiciones, se van replegando de siglo en siglo hasta venir á consentir en que su ciudad tuvo orígen en la época en que los griegos, no cabiendo dentro de su patria, fueron á fundar algunas colónias en Sicilia y en las costas meridionales de la Italia: y en verdad que este orígen griego se confirma por las tradiciones históricas, y por sus nombres *Parthénope, Neápolis.* Sin embargo, hasta despues de invadida Italia por los cartagineses no empezó Nápoles á salir de su obscuridad. Tomó partido por los romanos, y los romanos vencedores la trataron con singular benevolencia. En tiempo de la república, y aun bajo los emperadores, fue una de las mas favorecidas entre las ciudades dependientes de Roma: su hermoso cielo y clima templado atrajeron una multitud de aquellos romanos tan ávidos de placeres y goces como espertos en el arte de procurárselos: y así los habitantes mas ricos de la capital de Italia trocaron las riberas del Tiber por las umbrias del Posilipo. En el siglo en que se desplomó el imperio de occidente era Nápoles una de las ciudades mas fuertes y opulentas de Italia; pero de entonces acá, esa ciudad nacida para la calma, la dicha y la molicie, ha sido atormentada por guerras y revoluciones mas crueles acaso que cuantas han sufrido los demas pueblos de Europa.

Despues de los romanos le llegaron del norte nuevos dueños: Odoacre y los hérulos, Teodorico y los ostrogodos. Belisario la disputó á estos últimos, y la suerte de las armas la hizo pasar de mano en mano hasta que fue destruido el imperio de los godos: Nápoles pertenecia entonces á los emperadores de Oriente. Empezó luego el poder de los lombardos, y Nápoles fue conquista suya. Pero al mismo tiempo se formaba en el mediodia un nuevo pueblo invasor: los sarracenos se apoderaban de la Sicilia, y adquirian un lugar en la historia de Europa. La Campaña, el territorio y la ciudad de Nápoles fueron los puntos donde chocaron los bárbaros del mediodia con los del norte. Y no eran ellos los únicos competidores para tan bella presa, pues tambien aspiraban á ella por un lado los emperadores de Oriente y por otro los de Alemania que á título de sucesores de Carlo Magno tenian tambien pretensiones sobre la Italia. Cuatro potencias, independientemente de los tiranuelos de segundo órden que abortaba la anarquía, esparcian tambien, en el transcurso del siglo X, el estrago y la desolacion en las hermosas orillas de la bahía de Nápoles, cuando sobrevinieron, de donde ciertamente no se les podia esperar, nuevos pretendientes que restablecieron relativamente el órden y la paz apoderándose del objeto del litigio. Estos conquistadores de Nápoles fueron caballeros normandos, heróicos aventureros que fundaron el reino de las dos Sicilias y le dieron una dinastía real. Pero aun no se pasaron dos siglos cuando ya habia desaparecido aquella dinastía, suscitádose pretensiones rivales, y producídose violentas conmociones. No tenia Nápoles familia real indígena; los tratados, las alianzas, las promesas, las donaciones, la viva fuerza, se convirtieron en otros tantos títulos que alegaban diferentes familias extranjeras soberanas, que tuvieron cada una sus dias de triunfo y de dominacion. Así la Francia, la Alemania, la España dieron sucesivamente príncipes a Nápoles ó reinaron sobre ella en su propio nombre, siendo España la que mas constantemente dominó. De España provenia el rey que definitivamente subió al trono de Nápoles, proclamado independiente hácia la mitad del pasado siglo. La reaccion de la revolucion francesa que revolvió toda la Europa, trastornó tambien el reino de Nápoles: una nueva dinastia real saliendo de Francia, ciñó un momento la corona napolitana, pero se desvaneció repentinamente, y la familia real de orígen español volvió á entrar en sus dominios.

Tales son los recuerdos históricos, variados é imponentes que suscita el nombre de Nápoles, y que enriquecen sus anales con una multitud de hechos del mas vivo interés. Los griegos, los romanos, despues otra vez los griegos, los bárbaros del Norte, los sarracenos, los normandos, los franceses, los alemanes, los españoles, la han enseñoreado sucesivamente; sin embargo todos han pasado sin dejar huella en el terreno, por decirlo así: la influencia de las cosas, el poder del clima, han sido mas fuertes que la accion de los hombres: Nápoles es toda italiana, puramente italiana. Si algunos rasgos aislados recuerdan la mano de los romanos y las de los conquistadores del Norte, son pequeñas escepciones que desaparecen en la fisonomía del conjunto.

Si un hombre hubiera recorrido todo el globo buscando parage en que fundar una ciudad, seguramente no hubiera pasado adelante en llegando á la bahía de Nápoles. "Todavía me gusta mas la bahía de Nápoles" esclamó Chateaubriand en el momento en que sus ojos admirados recorrian las magnificencias del Bósforo. El mar de Italia que no tiene el carácter indómito, la fisonomía salvage y grandiosa del Océano, adelanta sus voluptuosas olas azules en el interior de la dulce Campaña, formando una graciosa curba de cincuenta millas de estension. Todo es allí tranquilo, armonioso: la tierra recibe al mar complacida, el mar sube sobre la tierra sin violencia.

Las costas que forman las riberas de aquel lago purísimo, contraponen á todas aquellas bellezas de las aguas accidentes de un efecto no menos seductor. Por un lado domina el Vesubio, cuyas cimas estan casi perpétuamente blanqueadas por las nieves; su falda calcinada, desnuda y abandonada á la ceniza y á la lava tiene un aspecto sombrío y melancólico. Las vegetaciones rivales del mediodia y del norte cubren el pie de la montaña con una inmensa y verde alfombra, y á veces, para completar este bello cuatro una columna gigantesca del humo del volcan va á unir la tierra con el cielo formando en mil variados torbellinos bóvedas y capiteles que tocan en las nubes. Aquí se ostenta la naturaleza toda magestuosa, toda sublime; pero á la parte opuesta ofrece encantos indecibles: allí se eleva el monte Posilipo, enemigo de la tristeza, allí se presenta á los ojos un cuadro bellísimo, un paisage delicioso, donde la vista se recrea con deleite y sensualidad; donde la naturaleza es toda suave, toda graciosa. El cielo que es cúpula de aque-

lla tierra y de aquel mar tan bellos, despliega tambien un brillo, un esplendor desconocido en los demas paises, y se engalana con aquellas tintas azules tan estrañas que son la gloria de los paisages del mediodia y la desesperacion de la pintura. El aire templado, cargado de mil perfumes, fácil para el pecho, dulce de respirar, echa sobre estos cuadros una especie de velo transparente, sutilísimo, que no altera la pureza de las líneas, la claridad de los detalles, pero que da á todo el conjunto una tinta vaporosa. En medio de tanta pompa, en el seno de aquellas delicias de la naturaleza, entre la montaña del Vesubio y el promontorio de Posilipo está situada la dichosa Nápoles en lo mas interior de la bahía.

Considerada en su estado material de ciudad, es Nápoles una exacta traduccion, una imágen fiel del moderno carácter italiano. Castillos, fuertes, murallas, cañones.... pero no es una plaza de guerra. Algun movimiento comercial, muelles animados, puerto concurrido.... pero no es una ciudad mercantil. Algunas manufacturas, algunas artes prosperan.... pero no es una poblacion industrial. Escuelas de todas las ciencias, de todos los ramos del saber.... pero no es un pueblo científico ni estudioso. Nápoles no presenta bajo ningun aspecto un objeto cierto, una vocacion determinada, un trabajo especial; es una ciudad creada solamente para vivir en ella, para pasar la vida sin hacer nada, ó sin hacer mas que lo *muy* preciso, es por escelencia la patria del *far niente*. Mas de trescientos mil individuos se han reunido allí, no impulsados por una de aquellas ideas, de uno de aquellos cálculos que mueven á obrar á los hombres en otras partes, sino solamente porque es una felicidad vivir allí. Necesitaban aire espacioso, y han alineado sus casas todo á lo largo de la bahía en una estension de muchas millas (1), poniéndoles techos que puedan servir de paseos. Tan deseosos de espectáculos profanos como de pompas religiosas, han multiplicado los teatros no menos que las iglesias, y con la misma vanidad enseñan el coliseo de San Carlos que la Catedral. El instinto de las artes con que han nacido les ha hecho reunir en copiosas colecciones bellas pinturas y estátuas, acaso sin mas fin que el objeto de gozar, de combinar gustosas impresiones de los sentidos, de escitar la imaginacion, de gastar el tiempo en agitaciones, en emociones recreativas y tumultuosas. Con el aspecto de la ciudad y de su territorio forma perfecta consonancia el numeroso pueblo que se agita y bulle dentro de sus calles. Al ver aquella precipitacion, aquella concurrencia apresurada, al ver aquellos contínuos gritos que han valido á los napolitanos en la pluma de Alfieri el título de maestros en el arte de chillar; al contemplar aquellos innumerables barqueros y sus mas inumerables espectadores, se creeria que era un dia de fiesta popular: y lo es en efecto, pero tambien lo fue ayer, y tambien lo será mañana, y fiestas son todos los dias. El negocio principal, el formal objeto de toda aquella poblacion es divertirse. Por otra parte, al ver aquella ociosidad, aquella languidez, aquella flojedad, se diria que era un dia de descanso, y se diria con razon, pero dia igual al siguiente y al anterior. Finalmente, los napolitanos obran bajo la influencia de su dichoso clima, y se acomodan á las circunstancias físicas de su pais. Son lo que les hacen ser su mar, su cielo, su Campaña: saborean la existencia dulce, fácil, que la naturaleza les ha dado. ¿Para que ha de trabajar *il lazzarone* si con el valor de una peseta puede vivir en la abundancia?

(1) Tambien en esta ocasion podemos citar la galería topográfica del paseo de Recoletos, donde hay una linda vista de la bahía de Nápoles en diferente perspectiva de la que aquí ofrecemos á nuestros lectores.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.